

EL ARMARIO CON LUNA

P O R

LUIS ROSALES

HOY VAN A NACERME HOJAS

Estoy seguro de ello porque siento su brote. Ya no tengo recuerdos. Ya no tengo palabras. Tengo una inclinación, una pendiente y estoy rodando en ella con las piernas cortadas. Al llegar a mi edad tal vez no es fácil interrumpir este desasimiento, ni esta emoción, ni este estupor de altura, crecimiento y caída. Tal vez sea necesario. Si no fuera por él nos sentiríamos en el vacío y el corazón se paralizaría. Si no fuera por él, que nos empuja un poco, sentiríamos la sangre intermitente y detenida. Más vale así. A veces pienso que el estupor es ya lo único vivo que hay en nosotros. Pero ha habido otras cosas. Las emociones de la niñez son indistintas y precisas, pero su precisión es muy distinta de la nuestra: no se funda en palabras. En la primera infancia nos parece que todo es evidente; más tarde nos parece que todo necesita demostración. Ambas creencias son alucinaciones, o mejor dicho, son verdades a medias, *verdades sucesorias*, porque precisan que la verdad anterior haya muerto, para ocupar su puesto. Viven tan sólo en el vacío, y por ello nos sentimos caer. Al afirmarlas, el niño se equivoca como niño y el hombre como hombre. (Iba a decir que, al afirmarlas, el niño se sostiene como niño y el hombre se sostiene como puede.) En uno y otro caso, su compañía se nos convierte en certidumbre cuando ya hemos perdido algo irrecuperable: la unidad de la vida. En la primera infancia la tuvimos. Ahora sentimos las emociones como *añadidas* a nosotros; necesitamos traducirlas a nuestra lengua, como tuvimos que educar el tacto en millones y millones de años, y ya no nos aterroriza que alguien nos toque. En la infancia nos sentimos fundidos con la vida como se funde la saliva al besar una boca. No es necesario traducirla. En la infancia no se traduce nada, y el vivir es la palabra grande, la palabra envolvente y real que se dice a sí misma. No distinguimos aún entre las letras y las sílabas porque lo junto arde y su leña nos calienta las manos. *Lo junto* no es preciso entenderlo, ni traducirlo: basta; y la palabra, en cambio, era un secreto. Sólo servía, como el castigo, para incomunicarnos, y por ello entre el mundo y nosotros

no mediaban palabras. Nuestro contacto con la vida era real, y todo iba creciendo con nosotros a medida que nosotros crecíamos. Ya hemos perdido esta llenazón, este sentido directo y mágico del vivir. Pero todo tiene su hora, y en el alma del hombre hay una cierta tirantez, una tensión, entre lo claro y lo secreto. Lo claro es necesario y lo secreto nos constituye. Lo claro es como el cielo. Si se pudiesen reunir todos los cielos conocidos en un espacio pequeño y habitable, el hombre no sentiría su cuerpo como un luto y tendría casa y levadura. Viviría siempre dentro de un Paraíso hecho a su imagen y semejanza, un mundo de cristal, en donde no existieran la angustia, ni el terror, puesto que son inexplicables. Pero escúchame. Es cierto que tendemos hacia lo claro, pero vivimos irrestañablemente en lo secreto, porque está escrito: «que todo hombre tiene un secreto y muchos mueren sin encontrarlo». Lo verdaderamente nuestro es lo que pertenece a este secreto. Cuando vivimos dentro de él es como un techo que nos protege del desentendimiento ajeno y de la espina de vivir. Cuando se nos acaba, ya estás viviendo tu agonía. Pero no te lamentes. No lo añores. Nadie puede evitar este proceso: es una enfermedad de crecimiento.

Todas las emociones de mi niñez se encontraban ligadas al mundo de mi madre, y entre estas emociones recuerdo una que está relacionada con el *secreto*. Se ha ido haciendo mayor acompañándome, y ahora voy a contarla si es que se juntan mis palabras donde deben juntarse. Hace ya muchos años, cuando la nieve aún era blanca, yo empezaba a vivir todas las tardes, al volver del colegio. Aquel día se acertó casualmente, cambió de traje y resultó más corto que todos los demás. La tarde le llegaba a las rodillas y yo acababa de llegar del colegio con los cuadernos en la mano, el pizarrín y las medias caídas. Debo aclarar que las llevaba siempre en los tobillos y que las monjas me regañaban continuamente por el descuido. Pero no era un descuido. Ahora comprendo que nunca me subía las medias porque me parecían cosa de niñas. Me lastimaban, me crecían, me fajaban. Casi puedo decir, con toda exactitud, que me invadían. Algunas veces me sentía dentro de ellas como habitándolas, como si me encontrara en una negra habitación de carne momia; otras veces me parecían un antifaz, o mejor dicho una máscara sudorosa que impedía que mi cuerpo respirara. Hay recuerdos que quedan en nosotros estacionarios y definitivos, y yo recuerdo el uniforme del colegio como una quemazón, como una llaga purulenta que no cicatrizaba, porque era igual para ambos sexos: la tela, azul marino; las medias, negras y eternísimas; el cuello alto, almidonado y blanco, y la chalina, roja. De lo rojo, ¡líbrenos Dios y la Purísima Concepción! Yo mordía la chalina, con disimulo y tenacidad, como se lima el hierro. El uniforme me ha quitado el sueño durante

muchos años pero, a su modo, era jugueteón y no dejaba de dar sorpresas. Cuando los colegiales salíamos de paseo en formación reglamentaria, esto es, alineados de dos en dos, el uniforme se alargaba a medida que avanzaba el paseo, se iba alargando cada vez más, se iba ajustando cada vez más, se iba imponiendo cada vez más, hasta obligarnos a mover las piernas como las manecillas del reloj, con pasos respetables, repetidísimos, iguales. Esto, naturalmente, los días de fiesta. En cambio, los días de clase, y en el camino de regreso a casa, el uniforme se iba acortando poco a poco, se iba acortando paso a paso, hasta quedarse enmudecido, blanco y pequeñito como una servilleta, en el momento en que llegábamos al zaguán.

Pero no hemos llegado todavía. No hay que hacerse ilusiones. El zaguán no era el patio, ¡ni mucho menos!, estaban separados por la cancela. El zaguán era umbrío y espacioso. A mí me parecía un lugar indefinido y, sobre todo, indefendido, pues no estaba en la calle ni en la casa. No me inspiraba seguridad. Lo atravesaba de refilón y de puntillas, volviendo la cabeza a todos lados, con un respeto casi infinitesimal, pero apenas pasada la cancela el cuerpo se conectaba en el patio saliendo de estampía, y yo tenía que estar en todo, haciendo jeribeques y maravillas para quitarme el uniforme sin dejar de correr, y atravesar el patio dejando prendas en las losas, y subir la escalera en camisa como un fantasma pequeñito, hasta llegar a mi cuarto y aquietarme ¡por fin!, al ponerme el babero. El babero andaluz no es un traje, ni un delantal, ni un uniforme, pero se ajusta a nuestro cuerpo y nos reintegra con el mundo exterior. Al menos, basta creerlo. Con el babero puesto yo me sentía rechoncho, yo me sentía crecer, yo me sentía dentro de casa y reintegrado a la vida, a la merienda y a mamá. Y aquel día, como todos los días, la fui buscando callandito, de habitación en habitación, para encontrarla antes que a nadie y hacer de nuestro encuentro una sorpresa. Esto era indispensable. Yo estaba bien seguro de que encontrarse conmigo, de improviso, era un regalo para ella.

Al llegar a este punto conviene hacer una aclaración. La juzgo nimia, pero interesa para la marcha de la historia. Para entenderla bien es necesario distinguir entre lo claro y lo cierto, y yo entonces los distinguía perfectamente. Lo claro, por ejemplo, era papá, y lo cierto era ella; a pesar de lo cual, durante aquellos años, cuanto la rodeaba formaba parte del secreto. Ya he dicho anteriormente que aquella tarde se había quedado corta, pues me habían encontrado aprendiendo a silbar en clase, y Sor Inés me ordenó que hiciera dos planas de francés, como castigo y suplemento, a la salida del colegio. El hambre, por tanto, era la añadidura. A causa del retraso yo sentía aquella tarde

un remusguillo cabeceando como un hongo dentro de mí. La infancia come a todas horas, la infancia come más que la orilla de un río, y en aquella ocasión, como el hambre me llevaba en volandas, crucé el pasillo, el corredor y la cocina como si no existieran, y *los pasé sin encontrarla*; luego fui al cuarto de costura, atravesé como en un sueño la galería, después la habitación de Esperancita y llegué hasta su alcoba. El balcón estaba cerrado, las persianas echadas y la penumbra secretaba en la habitación lacrándome la boca. No me atrevía a chistar, no me atrevía a mirar a ningún lado, pero a veces vemos las cosas sin mirarlas. Yo diría que el mirar se demora y llega siempre tarde. En realidad no sirve para ver, sino más bien para diferenciar unas cosas de otras. Como pasaba el tiempo y estaba solo, lo fui mirando todo. A la derecha, el lavabo que habíamos heredado al morir los abuelos; a la izquierda, el lecho; el armario, en el fondo, junto al balcón.

En cuanto vi el armario, la habitación se desvaneció; en cuanto vi el armario olvidé el hambre igual que cuando te mareas se relaja el pudor. Di algunos pasos hacia adelante, conteniendo el aliento y comprendiendo, de algún modo, que lo cierto era ella, pero que cuanto la rodeaba, cuanto le concernía, tenía carácter de secreto. El armario ante todo, porque al verlo tuve la súbita revelación de que precisamente aquel armario era lo único que podía distanciarnos, la única cosa que en realidad nos distanciaba. No estaba en relación con *nuestro secreto* y no formaba parte de *nuestro mundo*, de aquel mundo vestibular, interno y apremiante, donde sólo cabíamos nosotros dos. Al comprenderlo me sentí anonadado. El temblor, ya sabéis, no abre camino. El temblor me trababa los pies y me hacía daño bajo la lengua. Creer, puede hacer daño, y aunque estaba seguro, no me atrevía a pensarlo, pero era cierto: *el armario era ella*. El armario era *suyo*, y el dolor de saberlo brotaba en mí como las hojas. Aunque trataba de centrar mi atención sobre otras cosas, no podía verlas; la certidumbre aquella me circulaba con la sangre dándome vueltas por el cuerpo. Vueltas y vueltas siempre creciendo y siempre igual. Sí, el armario era ella y, por tanto, no me podía infundir temor alguno, pero me lo infundía y, además, un respeto reverencial, palpito y ayudante. No he podido olvidar aquel momento. No he podido olvidar aquel armario. No hay en el mundo nada como él. Lo seguiré tocando con los ojos, lo seguiré llevando entre las manos si alguna vez despierto. Era un armario de caoba, grandísimo, con luna de bisel, coronación labrada que llegaba hasta el techo y entallamientos laterales: unas columnas que le servían de marco. La limpieza parecía desnudarlo y aminoraba su vejez. Parecía nuevo, total y alimenticio. La coronación tenía forma de yugo, y yo he sentido muchas veces la consistencia del

armario, la consistencia de los bueyes del armario, dejando un surco de tierra removida en mi imaginación. Sin saber cómo, se nos juntan los años de repente: éste es el verdadero cumpleaños, y aquel día se me juntaron muchas cosas: la tierra removida, los sueños que no cambian, pero que con el tiempo van convirtiéndose en *ensueños*, la sensación de que algo pesa en nuestras manos y nos impide levantarlas, y el armario frontal como un abrazo. Allí estaban sus cosas y yo no podía verlas; allí estaban sus cosas escondidas y separándonos. Comprendí que el armario formaba parte de su *secreto*, y algo más importante aún: comprendí que el secreto tiene carácter umbilical y puede hacer morir si se revela a alguien. Sí, es preciso guardarlo. Es preciso guardarlo. Yo la había visto tantas veces en la penumbra de aquella habitación como ocultándose para abrirlo. Se ocultaba de todos, pero también se ocultaba de mí. Yo la sentía afanosa y aislada en la sombra, como si se quitara del cuerpo todas nuestras preguntas para quedarse sola, para quedarse sin nosotros, para quedarse niña ante el armario y empezar a vivir. En aquellos instantes le temblaban las manos, la impaciencia y las llaves, porque abrir el armario era un rito. Tenía que serlo. La intimidad tiende a ocultarse, y al ocultarse se convierte en secreto, se convierte en armario, y yo estaba alelado ante él. Poco a poco mi vista fue concentrándose en un solo detalle; poco a poco fue descubriendo que el armario a la izquierda tenía unos surcos muy profundos que convergían hacia el ojal de la cerradura que estaba holgada por el uso. Y allí, precisamente allí, sobre el ojal, se encontraban las llaves. Se encontraban como jamás las había visto: aisladas, expectativas, tintineantes y labiales. Yo las veía con los ojos abiertos de par en par, y al retirar la vista de ellas, porque me inspiraban un sentimiento parecido al pudor, al dejar de mirarlas, seguía escuchándolas, seguía *oyéndolas*. Esto era todo. Cuando no las miraba, las *oía*, recordando el tanteo explorador de la llave en la cerradura y el tintineo de las restantes en manos de mi madre; y algo después, pero fundiéndose en el mismo sonido, el bisbiseo de la pesada hoja que giraba sobre sus goznes. Yo miraba las llaves y las dejaba de mirar, alternativamente, con pasmo y alegría. La alegría de la infancia deja un cuajo en la boca, y se derrama por el cuerpo como la lengua se derrite y la saliva se convierte en leche cuando llega, humeante, la comida a la mesa. Yo las miraba sin moverme, pero *tirando de los pies*; yo las miraba sin moverme, pero llegando hasta las llaves, como el alfaragán vuela sentado, como el alfaragán dobla sus patas en el aire y nos da la impresión de que vuela sentado. El caso es que el respeto se me había convertido en temor hacía un instante, y luego aquel temor

paralítico y dirimente, no sé por qué razón, se estaba convirtiendo en alegría. Tal vez a causa de las llaves.

Con la alegría vino el deshielo, ¿comprendes?, y me encontré súbitamente junto al armario con las mejillas y las manos descansando sobre la luna del espejo. Me gustaba tocarlo, me gustaba vivir este apaciguamiento del cristal, y sentir su frescura oreando mi sangre. Esta fue una de las fronteras de mi niñez, y repetía este gesto, este contacto, casi todos los días con un gozo envolvente y carnal. Pero ahora era distinto. Ahora las llaves me llamaban. Su tintineo se había ido haciendo inteligible. Parecía aconsejarme con un cierto runrunco de sermón, y yo, siguiendo su consejo, cogí la silla donde papá se descalzaba para acostarse, y la empujé hasta apoyarla en el armario, como se empujan las palabras con todo el cuerpo para mentir. Luego me encaramé sobre el asiento de rejilla para escuchar, desde más cerca, aquel sonido de las llaves, y alcé la mano un poco, sólo un poco, porque quería saber si en realidad las llaves se movían o si sonaban simplemente; si aquel sentido era un goteo o si llenaba la habitación, enloqueciéndola, como un rebato de campanas; y cuando ya tenía mi cuerpo racheado por el sonido, por el contacto del metal y por el frío, todo cesó de pronto, y sentí que unas manos—sus manos—me sostenían para que no cayera, y oí una voz—su voz—preguntándome algo. Era inútil negarlo, pues me encontraba como un equilibrista sobre la silla y trajinando con las llaves. Era inútil negarlo, pero le dije despechado: —No, como si hablara desde el espejo, como si hablara en una lengua desconocida, en una lengua improvisada de persona mayor. Pudiera haberle dicho la verdad, o al menos, pudiera haberle contestado con un gesto de negación, y no lo hice. Dije: —No, claramente, y sentí que en el cuerpo me iban naciendo hojas. Aquel *no* fue mi examen de muerto. Tal vez no era siquiera una palabra, sino sólo dos letras que al juntarse mentían. Pero supe decirlas, por vez primera, en una lengua extraña. Con aquellas dos letras sentí el cuerpo separarse del alma, y gravitar ya cada uno sobre sus propios goznes, como las hojas de una puerta tienen que separarse para abrir, tienen que separarse para dar paso al aire. Con aquellas dos letras saltó roto en pedazos el mundo de mi infancia, y desde entonces tuve que recoger, una por una, sus esquiras, pero el esfuerzo ha sido inútil, porque las he juntado cuando ya eran pedazos y seguían reflejando una imagen distinta, impedimente y anterior. Con aquellas dos letras se astillaron las manos de mi madre en torno mío y nunca pude reconstruirlas. Aunque estaba conmigo en la actitud de siempre sentí el contacto de sus manos de una manera muy distinta, como si no pudiera ya reconocerlas: a partir de ese instante sólo he

logrado traducirlas. Queda el recuerdo suyo, y tal vez quede aún sobre mi cuerpo la huella de sus manos. Sólo falta la presión del contacto. Era un encendimiento, un aire subrayado, una confirmación que nunca ha vuelto a producirse. Escucha, hermano: todo puede explicarse, pero no basta la explicación para entenderlo. A partir de aquel día, tal vez el hecho mismo de buscarla nos desunió, pues me iba haciendo hombre, y ya en la mayoría de edad sólo pude buscarla separándome de ella. A partir de ese día todo se ha ido aclarando. Después vino la muerte, y con la muerte el hueco. Convertir las imágenes en palabras ha sido una labor de taracea, una labor de muchos años que nunca se termina y nunca se hace bien. Y a esta labor, a esta palabra inarticulada y sucesoria, le llamamos vivir. Es un museo de cicatrices. *Lo cierto queda lejos.*

EL CONTENIDO DEL CORAZON

La felicidad no es más que una palabra: no te molestes en buscarla. Hay muchas cosas en el mundo. Yo hago balance vital a fin de año para tener el sueño al día y volver a encontrarme en situación de disponibilidad. El inventario empieza siendo una inspección de alcanzarillas, y para realizar esta inspección hay una regla universal: Vigila tu alegría y lo demás se te dará por añadidura. Vigila tu alegría, pero no vayas en su busca. No es necesario. Cuando el impulso vital va amenorándose con los años es preciso aprender a vivir. Los años vuelven con las hojas y hacerse hombre es un trabajo cotidiano, sencillo y casi manual, que, al fin y al cabo, se reduce a golpear en las paredes del corazón para saber dónde está la oquedad. Lo primero es lo lleno, oigo decir a un transeúnte en un lenguaje que conozco y tardo mucho en comprender. No sé cómo se juntan estas palabras. No sé dónde se juntan. Tal vez quieren decir que sólo el tacto nos puede dar la sensación de lo que suena a falso, de lo que suena a hueco en nuestra vida, como la macidez del vientre, al percutirlo, revela la presencia del tumor. Yo hago balance a fin de año con una sola finalidad: tener el sueño a raya. No es un trabajo laborioso, ni de zahorí, y un esfuerzo pequeño produce resultados remuneradores. Sólo es preciso inventariar nuestros recuerdos, como se inventarían las existencias de un almacén para poner su precio al día. Sólo es preciso atender, pues aunque nadie repara en ello, la atención por sí sola puede darle sentido a la vida. Más importante que elegir entre los recuerdos es ordenarlos. A quien tiene desorden, la trastera se le va atiborrando de macanas. Esto lo supe desde niño, y ahora he sabido que en el pasado siempre

hay algo que conviene saldar, pero a su justo precio. En el pasado siempre hay recuerdos que hoy están desteñidos y ayer nos produjeron escalofrío. No han vuelto a hacernos tiritar. Sin embargo, subsisten. No elijas entre ellos: no hay más que barajarlos. Su precisión demuestra su valor. Trata de hacerlos más precisos. Es lo único que importa, porque no preferir es señorío. No te quemes en vísperas: nada hay más importante que vivir. El presente vital siempre es un saldo, pero este saldo es, justamente, todo lo que tenemos. Así, pues, debes poner en orden los trastos viejos y pesar la pavesa vital antes que el viento se la lleve. Hay que hacer inventario de raíces, y este inventario convertirá las sensaciones que ayer fueron alucinadas en sensaciones resumidas, y tal vez nos devuelva la visión del Veleta desde el valle de Otivar, y los libros que deberíamos haber escrito, y la inocencia que no tuvimos, y el tronco familiar. El contenido del corazón no es propiamente una elegía, sino un balance comercial, o si se quiere, una liquidación. Pero hay que hacer este balance como si fuera el último, para que todo tenga en él su estatura definitiva. Desde esta alegre cesantía que va siendo el vivir conviene inventariarlo todo. Conviene inventariar los ademanes y los hechos, las dejaciones y los gestos que han ido haciéndonos, y han ido haciendo nuestra vida. Lo proyectado lo termina el azar, y en la segunda jornada del balance tuve un recuerdo imprevisible. La vida no se ordena como quisiéramos. He recordado que hay personas que marchan confiadas por la calle y de repente se les caen las manos. Tal vez se les acaban. Las deberían llevar en los bolsillos, para evitar accidentes, como los bailaores de flamenco, mientras bailan, las mantienen sujetas en los alares de la chaquetilla para evitar pisarlas. Lo recuerdo con precisión. Fue en Madrid, y en la calle de Peligros, donde vi a una mujer en ese instante de caérsele las manos. Me duele recordarlo, porque quizá estuve entonces un poco renuente, como si no me fuera nada en ello, y hago un acto formal de contrición poniéndole al suceso una etiqueta con su precio y su fecha, y continúo con el balance de ademanes desperdiciados. No hay que hacerse ilusiones, ni desilusiones. Hay que vivir dándole a todo su justo precio. Los años se van haciendo cada vez más parvos y es necesario recoger hasta las limaduras del recuerdo. Cuando cierro los ojos, alguien pasa un espejo ante mí con una luna desazogada, familiar y principiante, y en ella veo un muestrario diferente. Es el muestrario de los ojos. Mirar es siempre una aventura, una credulidad, y en la mirada está el peligro. Los ojos miran demostrándose, y en el espejo veo la mirada de tía Paca y la mirada de tía Lola como enmarcadas en un festón de nieve. Las precisa el cristal. Eran distintas, muy distintas; eran hermanas, muy hermanas, y a causa de ello se han ido

haciendo correlativas en la muerte y ya no pueden separarse. El cristal las precisa y el marco las aúna, porque hay personas que no se atreven a mirarnos, y hay personas, en cambio, que nos miran inquisitivamente como si nos hurgasen en los bolsillos. La muerte todo lo hermosea y a veces me pregunto si eran dos. Hay miradas que saltan a la comba como queriendo distraernos y hay personas tan suficientes que nos miran haciéndonos creer que nos están legando algo, asientan sus miradas en contaduría, y se convierten en acreedores nuestros por habernos mirado. Todo se junta en algún sitio, todo se junta porque mamá le daba, de cuando en cuando, ese gusto a tía Paca, y aun a veces le firmaba recibo. Repasando el muestrario de las miradas que no cumplieron su destino queda siempre una desazón: hay personas que sufren, personas que no se pueden levantar de vivir, personas que nos miran de una manera tan añadida y menesterosa como si tropezaran con los ojos y al mirarnos se hicieran daño. Yo también les extiendo recibo, pero no basta; queda la desazón, la quemadura de vivir, que no hace costra nunca. Conviene estimularla.

Cuando llegues al alto del camino no te acongojes porque el balance sea precario. Todo tiene valor y el mundo es nuestra herencia. Sólo tenemos que inventariarla. Pero no pierdas tiempo en elegir, no elijas demasiado. La importancia es un espejismo que ha inventado la voluntad de justificación. Un espejismo que con su brillo oculta siempre algo: un abuso, generalmente. Piensa que el sol nos vuelve a confirmar todos los días y lo menor no es más pequeño que lo grande. Sólo requiere tu atención. Es preciso atender al milagro diario. Cuando te da la mano alguien te dice claramente lo que quiere de ti. Sea cual sea su propósito debes agradecerlo, puesto que al saludarte ya está firmando su denuncia. Todos hemos sentido alguna vez pudor estrechando una mano. Ya no hay coartada alguna. La piel se comunica directamente con la sangre. Para saber el remanente de hostilidad que aún guarda el mundo en que vivimos sólo hay que hacer inventario del tacto. Nadie debe olvidar su testimonio. Es esencial. Nadie debe olvidar la módica depravación de algunos gestos personales, que no quisiera recordar ahora. Ya el otoño se anuncia y el romero se encuentra en su segunda floración. En el jardín de rocalla, junto a la salvia en flor, su tono es delicado, crepuscular y correctísimo. Cayeron las primeras lluvias; la luz se aquieta, se hace mate y pesa un poco más; el cielo por la tarde se pone azul, morado y gris como el romero florecido. Cesó el encendimiento del verano; siento en la frente la sangre justa, la sangre necesaria; en el pueblo pasean los últimos veraneantes, se habla de la inflación, y es muy posible que allá en Madrid el tumor del dinero siga creciendo a costa nuestra. Dentro de varios meses el rebollar

se quedará de miel, dorado, mate y blanco. No hay transparencia como la suya. Me gustará mirarlo con sol alto. Es como luce más.

No sé si estoy aún dentro del Parque del Retiro, no sé si he regresado a mi oficina, no sé si ya han pasado muchos años y he vuelto a pasear en Cercedilla, con la misma mujer, bajo otro cielo y otros árboles. Pero sé que la herida sólo se cierra sobre sus bordes. Para sufrir no es necesario que nos ocurra nada. Una pregunta basta. Una llamada basta. Una mañana basta. Me he acercado al balcón. He abierto las ventanas y las contraventanas. Se hace luz, y al hacerse la luz he comprendido que la mirada de Dios no es sucesiva: conserva aún el Paraíso. Nada se borra en ella. Vivir es ver volver, porque la muerte no interrumpe nada. Y, además, ya conozco mi fin, que será parecido al de aquel hombre, a quien le preguntaron: —¿Esta es su última palabra?—, y al contestar afirmativamente lo demostró. El canto de la urraca es de madera. Estride en el silencio, dando siempre la misma nota, como si recorriera con un cincel la empalizada de la puerta de la cocina. Sobre la mesa están los lápices ordenados junto a la máquina de escribir que me ha prestado Alfonso y la botella de coñac. Cuando Maruja se levante vendrá al despacho a saludarme. Ahora entra despacito. Tiene los ojos húmedos y adentrados. No se puede dormir. No se sabe dormir. Hay que ayudarla un poco: es preciso convencerle los ojos. Llevo un rato indeciso ante la máquina. No se me ocurre nada, pero es preciso terminar este libro para que todo cicatrice. Tal vez es necesario concentrarse. Tal vez se ha descompuesto el mecanismo del corazón y se han fundido varios recuerdos distintos en una misma hora, porque me encuentro ante la mesa del despacho como estaba mi madre ante el armario. Algo que es suyo, algo que es nuestro aún, se suma en esta imagen. Nos gastamos nosotros, pero la vida se transmite, y en nuestros gestos más personales hay una ley de herencia y un estertor de continuidad. Si no lo hubiera, madre, te habrías quedado definitivamente sola, te habrías quedado huérfana de hijo. Nos vamos pareciendo cada vez más al resumirnos, y perder este parecido, este gesto de afinidad temblequeante de las manos, que sigue siendo un gesto tuyo, sería como abortar. Me arropo un poco en él. Para vivir, para hacer algo mientras tanto, he entreabierto el cajón donde guardo recortes de periódicos y lápices, cartas amarillentas y garabateadas, la petaca que mi padre me regaló y el primer diente de Luis Cristóbal; los cuadernos de la clase de Montesinos y un pañuelo que no debe lavarse. En un muestrario sentimental siempre hay alguna confusión, y ese desorden, esa *naturaleza muerta del absurdo* que encontramos, a veces, en los nidos de las urracas. La intimidad es como un rito, y el rito necesita ocultación. Ya lo sabes, María. Buscamos un

cajón de doble fondo para las cosas más preciadas, y ocultamos en él desordenadamente nuestro pequeño mundo huérfano para infundirle nuestro *secreto*. Se esconden los recuerdos para hacerlos más íntimos, porque la ocultación los segrega del mundo. El tiempo habla con las palabras juntas. Tal vez allá, en el fondo visceral del armario, entre la caja de pañuelos y los brevarios, estarían los membrillos sobre la hielera del abuelo, los retratos, los rizos, el dinero menudo y una muñeca estropeada junto al traje de boda. Cada una de estas baratijas sobrevivientes parece desangrarse, y alguna sangre nuestra se ha coagulado en ellas. Las ojeamos en silencio, pero quizá este silencio no es más que una alucinación, puesto que nada existe silencioso en el mundo: ni los chopos, ni la boca del muerto, ni las fotografías, ni la mirada de los ojos, ni la tierra. Ni siquiera las huellas. El silencio no cabe en la frontera adentro del vivir. Nadie puede escucharlo. Si lo pudieras escuchar estarías solo en el universo. Si pudiera escucharse, un solo instante de silencio llenaría el mundo entero, desocupándolo, y el corazón del hombre no lo soportaría. La vida es rumorosa y yo no estoy soñando, estoy viviendo. Cada una de estas baratijas me convoca en un mundo distinto. Me demuestran. Me desnudan. Me llaman. Requieren aislamiento y es necesario dárselo. Requieren lentitud y concentración. Parecen desangrarse sin nosotros y las miramos para hacerlas cicatrizar. Son porosas. Rezuman. Despiertan en nosotros sensaciones y reliquias de sensaciones. Las ojeamos reconociéndolas de una manera deletreada y minuciosa, sin salvedades, pero a veces no basta contemplarlas: es preciso tocarlas porque la sensación táctil tiene un carácter espasmódico y adentrador. Llega más hondo. Para adentrarnos más en ellas, las tocamos confirmativamente, las arropamos con las manos, las elevamos de nuevo hasta los ojos, interminable y delicadamente, levantándolas y volviéndolas a poner en su sitio igual que el cirujano, una vez hecha la operación, vuelve a poner los intestinos donde estaban para evitar las adherencias. Hay que evitarlas a toda costa. No se pueden juntar. Los recuerdos no se pueden juntar. Es preciso ocultarlos para que crezcan aisladamente, pero también para no hacerlos reiterativos, para no tropezarnos con ellos sin más ni más y a la buena de Dios. Hay que vivirlos sorprendiéndolos, hay que vivirlos encontrándolos, demorando el placer del hallazgo, como a veces se demora el orgasmo.

Cuando llega el balance a su fin, recuerdo gestos de ella. Me gustaría coleccionarlos: el desparpajo de los ojos chispeantes, incansables y velocísimos; el brío del cuerpo, pleno y joven, que al ponerse de pie brillaba de impaciencia, y aquel desplante con que generalmente nos miraba como volviéndonos a destetar, y después, ya muy tarde, la mim-

bre de las manos, el pliegue hundido de la boca, el desdolorimiento y la ternura secreteante de la voz que se apoyaba alternativamente en cada labio oscureciéndose un poco, para llegar hasta nosotros, igual que hay que apoyarse en las paredes al entrar en la mina. Pero entre los recuerdos, siempre hay uno más nuestro, que ahora vuelve a reaparecer. La juventud vive doliendo, y en ocasiones, alguno de nosotros llegaba tarde a casa. En aquel tiempo la noche tenía una extraña relación con el pecado. La noche lo agravaba todo, no sé por qué razón, pero era así. La noche era una vaca, una gran lengua de vaca, que nos lamía la cara. Por más y más que la lavásemos quedaba siempre sobre la boca alguna suciedad. Cuando llegábamos muy tarde, ella nos esperaba en la butaca del pasillo. Tenía que levantarse para esperarnos y allí quedaba, hecha un gurrúño, pequeña y sin peluca. Sólo entonces veíamos su pelo, escaso, blanco y ralo. El pasillo de noche estaba frío, y ella, desmoronada en la butaca, se quitaba de los ojos el sueño para hacernos sentir la responsabilidad de nuestro retraso. Al sentirnos llegar se levantaba parsimoniosamente, se acercaba a nosotros y nos decía la hora, nada más que la hora —*Luisico, ya son las cuatro y media*—. Luego bajaba la cabeza al escuchar nuestras excusas, nos miraba un momento, y se marchaba, despaciosa y silente. No andaba en realidad; su marcha era un desgarramiento, una fractura. Pero era lo más suyo. Tengo que recordarlo para saber, con toda precisión, que me he quedado huérfano, pues entre todas las cosas que he ido perdiendo al correr de los años, lo único que necesito volver a ver es aquel gesto. Iré a desenterrarlo donde sea. Nos miraba a los ojos con la maternidad en carne viva, y haciendo un gesto, tranquilo y residual, que se quemaba ya al iniciarse sobre la boca extrañada, entreabierta y vacía. En modo alguno su actitud la distanciaba de nosotros. En modo alguno tenía carácter de reprensión. Era más bien una fractura. Le hacía sentirse rota, le hacía sentirse sola, y la extrañeza se le enredaba en los labios, esperándolos, como el aceite impregna el pan. Era sólo un instante. Sin embargo en aquel gesto se fundían dos momentos distintos: en el primero todo se le agolpaba sobre el rostro, luego todo se le caía. Se le caían los labios, los años y los partos para no reprendernos. Se quedaba sin nada. Se despojaba de sus canas, de sus derechos y aun de sus sentimientos para no reprender. A medida que iba creciendo su extrañeza crecía su cuerpo para albergarla. Se hacía, a veces, tan grande que se iba convirtiendo en una ciudad que ahora recuerdo al recordarla. La ciudad es Pompeya, que tiene su belleza ya inventariada por la muerte. Y recuerdo muy bien que fue en las calles de Pompeya donde yo he vuelto a ver, en el rostro de una italiana, el gesto suyo aquel de perdonar.

Me encuentro muy cansado. Me encuentro tan cansado que mis palabras regresan a la boca sin decirlas. Pero esto no es el fin. No puede serlo. No quisiera terminar de este modo. Al fin y al cabo, para continuar este balance sólo es preciso percutir, muy débilmente, en las paredes del corazón y percibir qué es lo que suena a hueco. Tal es nuestro quehacer. No es deprimente, ni excesivo. Pero no te preocupes, María. Tú eres la linde del corazón. La última linde. Y por eso yo quisiera decirte que el presente no es más que un saldo y en él se asienta nuestra vida por partida doble. Tal vez nuestro balance sea un inventario de minucias, pero son nuestras, nos constituyen, y no se pueden liquidar a cualquier precio. Hacemos inventario para no empobrecernos definitivamente, para evitar que lo que queda de nosotros se desvanezca como el humo de una fritanga. Pero no te preocupes: queda el azogue del espejo, aunque ya tan escaso que las imágenes se desclavan en él. Quedan algunas todavía; por ejemplo: el lavatorio de los pies de Molina el vagabundo, y aquel orgullo desamparado y viril que le llevó a la muerte para no entrar en un asilo; quedan algunas cosas que no son cláusulas testamentarias y no se pueden escriturar en el juzgado—un beso, por ejemplo, el primer beso que recuerdo que di con la boca mojada todavía de tejeringos y acerolas en un martes de Carnaval—; cosas que valen poco pero a las cuales es necesario dar su valor exacto para que no cristalicen convirtiéndose en sueños. Y queda, en fin, tu imagen como un hueco en los ojos, como un hueco que va agrandándose cada vez más. Pero no importa. La muerte tiene un límite. La muerte tiene un límite y algo deja tras ella. Ya nada puede separarnos. Ni siquiera nosotros mismos.

LUIS ROSALES
Altamirano, 34
MADRID